

EL HUECO

Javier Albillo Candelas

Lo absurdo es parte inseparable de la condición humana. Levantarse, transporte, ocho horas de trabajo, comer, dormir, y lunes, martes, miércoles, jueves, viernes con la misma rutina. Pienso en esto mientras viajo en el autobús que, como cada noche, me devuelve de nuevo a mi casa. En este instante los edificios se deshilachan frente a mis ojos tras el cristal, como la película de una bobina desencajada. Ahí fuera la ciudad de siempre, la que transito como de costumbre, pero esta noche hay algo que me obliga a mirarla desde otro punto de vista. Por lo pronto regreso a mi interior. Me llamo Julio. Tengo cuarenta y cuatro años y soy un hombre libre. Soy anarquista.

Tengo bien claras ciertas cosas: si yo ahora fuese como ese hombre que bosteza a mi lado me sentiría inquieto. Sé que si me descuido acabaré siendo como él: un ciudadano, una idea perpetrada en las entrañas del Estado. Si me descuido, tarde o temprano me convertiré en nada.

Acostumbro a pensar en esto mientras viajo en el autobús. El día se apaga y vuelvo ya a mi casa intacto, aunque con un regusto de cenizas en el paladar. En todo caso es el momento adecuado, hora de hacer balance, aún más apremiante hacerlo ahora pues de aquí a unos días ha sucedido algo inquietante, algo que ya no puedo seguir evitando.

Ese incidente vino de improviso. Se presentó ante mí como un invitado al que nadie espera y luego se ha instalado en mi rutina, se ha hecho fuerte en ella, parece que tuviera en su seno un espacio reservado de antemano.

Resulta que si ahora me asomo a mi interior veo un hueco, un hueco profundo en el que antes había algo y ahora ya no hay nada. Lo realmente grave es que tampoco puedo determinar qué es lo que me falta, aquello que rellenaba el hueco antes de su extraño descubrimiento.

La verdad sea dicha. Hay ciertos cambios ante los que me siento un poco molesto. Nada más.

El jueves, por ejemplo, fumaba distraído en un café y sorprendí en mis manos algo nuevo, cierta manera de apoyarlas en la mesa o de sostener el cigarrillo. O tal vez fuera el cigarrillo el que tenía cierta manera de hacerse sostener. No lo sé. En cualquier caso sentí algo palpable, semejante al desasosiego. ¿Estaré dando un giro al existencialismo? Sería terrible, me digo. ¿Pero por qué? Dichosas palabras. ¿No habrá otro soporte más adecuado para el pensamiento? Afortunadamente no he dejado de relacionarme con él, con mi pensamiento quiero decir. De hacerlo tal vez me convertiría en ese adolescente que aporrea las teclas de su móvil mientras carcajea en el asiento de atrás.

Buenas noches, le digo al jubilado que como de costumbre se apea en la doce. La frase suena muy pertinente en mi boca, cada día lo hago mejor. Él me corresponde con un gesto y desciende las escaleras arrastrándose por los peldaños. A veces charlamos del tiempo, cuando deja de ocultarse tras ese diario que acostumbra a llevar bajo el brazo. Sé que es su refugio. Se oculta tras las hojas cuando no le apetece charlar o cederle el asiento a alguien más vapuleado que él. Me aflige su estampa. Parece un hombre corriente y sin embargo no es un charlatán. Que hable de nada conmigo es razonable. Hablar de nada con desconocidos es costumbre aquí, en esta parte del mundo que nosotros habitamos, me digo.

El autobús reanuda la marcha, pero acto seguido; un frenazo. Todos los pasajeros que viajan a pie dan un bote como piezas desencajadas de un tablero. La cuerda se destensa luego y todo regresa a su sitio. Alzo la mirada. Ahí está. Lo veo. Tras el cristal se extiende un apretado mosaico de coches. Es un atasco.

Un incontenible atasco, me digo, tal vez sea esto lo que me viene sucediendo a mí. En otra época acostumbraba a atascarme y eso me resultaba insoportable, me daba miedo. Por aquel entonces yo me llamaba Julio, tenía veinte años y era un hombre confuso. Era un ingenuo.

Pretendía – nunca con éxito – hacer una revolución de la vida cotidiana, pero no encontraba más que impedimentos para hacerlo en mi rutina. No había nada de revolucionario en las colas de las panaderías, ni en las consultas de los dentistas, tampoco en las oficinas de Correos. No había nada. Sólo la fuerza de la costumbre y un espeso hedor a humanidad. Aunque ahora que lo pienso tampoco había nada en mí. Yo era una gran estafa por aquel entonces, un muchacho atascado en los cambios que aún arrastraba de mi adolescencia. Como a todo revolucionario me fascinaba la libertad, y las bombas. Soñaba con ellas. Con el pensamiento las ponía en todos los sitios. Quería alterar el sentido de lo cotidiano con ellas. Quería que explotaran sin peligro bajo los retretes, en los raquíuticos bancos de los parques, en autobuses atestados como este en el que ahora viajo. El autobús ahora corre derecho, ciego, libre del atasco.

Espacio reservado a pasajeros con reducida movilidad, leo de soslayo. El lema está estampado en la ventana que tengo a mi derecha. Si uno lo mira desde el exterior parece un jeroglífico, dentro toma forma, se hace presente. Es una advertencia. Ahora que lo pienso cualquiera de los que viajamos en el autobús tiene pleno derecho a sentarse ahí y sin embargo es un tipo desagradable quien se ha apoderado de él. Normalmente se apea en la catorce. Resopla entonces, cuando se reincorpora del asiento reservado, y luego da unos pasos vacilantes, atrapado en la asfixia de su prominente tripón, hasta que finalmente desaparece tras la puerta.

Algo debió pasar el viernes que no tomó como de costumbre el autobús. Confieso que temí por él, un infarto o cualquier cosa similar. Son cosas que pasan todos los días. Cosas que suceden una vez y luego se olvidan. Sin embargo hay cosas que no se pueden olvidar. Si regreso a mi interior descubro algo que me mantiene alerta: un hueco muy recurrente que va a todas partes conmigo. No puedo olvidar algo tan desagradable. No puedo olvidar que lo llevo dentro.

El viernes por ejemplo, comenzó a llover y me detuve frente al escaparate de una librería. Miraba distraído

los libros hasta que, a través del reflejo del cristal, me pareció reconocer la figura de alguien conocido que atravesaba la calle a mis espaldas. En efecto era quien pensaba, pero tanto había cambiado que en un principio no logré reconocerlo. Cuando devolví mi mirada al escaparate sorprendí mi reflejo en él, pero tampoco pude reconocer a quien estaba allí, plantado frente al cristal. Pensé que tal vez no fuera mi reflejo lo que yo estaba viendo en esos momentos, sino la imagen que veía de mí el cristal. Entonces volvió a surgir el miedo y le eché la culpa al hueco. Luego me olvidé de él. Eso es todo.

Pero ahora me preocupa esta eventualidad. Lo cierto es que hay cosas que últimamente no puedo determinar con exactitud. Tal vez sean ellas las que han cambiado y no yo. Si me esfuerzo en verlas todo se presenta ante mis ojos de forma confusa, como los trazos de esas pinturas abstractas que nunca terminan de definirse en un objeto reconocible. Ese hueco, esa brecha que ha nacido en mi interior me confunde, se ha tragado algo de mí.

La situación sería grave a no ser porque mis amistades me siguen saludando por la calle. Tengo un nombre por tanto. Me llaman por él. Esto me dice que tal vez siga siendo el mismo. Nada ha cambiado entonces. Pero al mismo tiempo sé algo: es absurdo cuestionar mi identidad. Esta no radica en mí sino en la idea que se ha hecho el mundo de mí. ¿Y quien soy yo para mí mismo? Soy Julio, Julio el anarquista, todo el mundo lo sabe, el anarquista de toda la vida, ¿Pero Realmente soy yo? Estoy empezando a dudar. Ese niño que sonríe en junto a su madre, ¿Cómo me ve ahora? ¿Soy como soy o soy como el resto quiere verme? Esto es de locos. Maldigo al hueco una vez más. Basta de incertidumbres.

En la catorce se apea la pareja de novios que acostumbra a viajar enredada en un abrazo. Siempre viajan en la parte de atrás, lo cual hace más atrayente su misterio. Ella es bonita, muy joven, parece segura de gustar. Él es un chico risueño que a veces silba y otras carcajea, pero hoy lleva una sombra de pesadumbre en la mirada. Tal vez hayan tenido una discusión y a él le cueste disimular su enfado. Salvo este detalle todo marcha por su sitio.

No hay nada por lo que preocuparse. Nada. La ciudad sigue deshilachándose tras el cristal y yo vuelvo intacto a mi casa.

Suena el móvil. Berta. Debo pasar por la farmacia para comprarle jarabe al niño. El otro día quise insinuarle lo de mi hueco mientras estaba pelando unas patatas en la cocina. Me pareció un momento muy oportuno, parecía tan vulnerable bajo la luz del fluorescente. Ella ni siquiera me miró.

– ¿Ves algo extraño en mí?

– Veo un principio de alopecia.

– ¿Algo más?

– Sigues siendo tan estúpido como siempre. Nada más.

Un estúpido, nada más. En la quince sube otro rostro familiar. Sé que se bajará en la diecisiete. Son apenas dos paradas, pero mientras dure el trayecto estornudará con una frecuencia similar al parpadeo. Ya se sienta, dispuesto a suministrarme la misma tasa de aburrimiento de todos los días.

En realidad puede ser que me suceda esto. Me aburro. Me aburro más que cuando era Julito, tenía doce años y era niño. Si algo no me gustaba del mundo aquella era la manera de exteriorizar mi protesta: el aburrimiento. Esta sensación recuperada quise exponerla el otro día en el club de anarquistas.

Hablaba Ralf, el líder sindical:

“El trabajo es un maestro. Nos enseña que quien no puede decir ‘no’ se convierte en un esclavo. Todos los conflictos generados en el ámbito laboral quedan reducidos a nada ante el temor del despido. Esta amenaza pende sobre las cabezas de los empleados que ya no son tal, sino organismos silentes ante los abusos que día a día perpetran sus superiores en ellos”.

Como era un discurso mil veces oído lo dije a boca-jarro.

– Me aburro.

Todos me miraron al unísono.

– Julio ¿Qué te pasa?

Me pareció que era una pregunta colectiva, aunque formulada con una sola voz.

– Tengo un hueco.

– Un hueco ¿Dónde?

– No lo sé. Dentro de mí.

Seguían mirándome, también Ralf. Advertí cierto aire de guasa en su rostro cuando me habló.

– A ti lo que te pasa es que te pesa la losa hipotecaria que sostienes con tu mujer – replicó –. Estás anestesiado.

– Será.

– Es.

La dieciocho. Me gusta. El autobús se asoma a la periferia y esto me reconforta. Me acerco a casa. Lejos queda el murmullo del centro, la muchedumbre, el tráfico, las luces, como un mal recuerdo. Allí todo transcurre sin sentido. La gente sale de los cafés y se desparrama por las calles. ¿Por qué irán tan deprisa?, tal vez esperen que les suceda algo extraordinario. Si el hombre de hoy piensa que es libre no es un hombre sino una estafa, pienso mientras abro la ventanilla y se inmiscuye algo familiar dentro del autobús: un hedor insoportable.

Hace dos años el Ayuntamiento instaló el nuevo vertedero municipal junto al barrio y desde entonces el tufo de la basura es el mensajero que anticipa la llegada del buen tiempo. A modo de compensación levantaron un nuevo polideportivo. Ahora es frecuentado por las putas

y los yonkis durante las noches. Tenemos pues toda la verdad ante nuestros ojos, toda la mierda a nuestro alcance. ¿Pero qué me digo?, esta es una frase de Berta. Ella detesta el barrio. Piensa que no es un buen lugar para que el niño crezca. Yo opino lo contrario. El barrio es el lugar más adecuado. El barrio enseñará al niño lo que es la vida: un camino frecuentado por el miedo, un camino fundamentalmente decepcionante, me digo. En este pesimismo se apoya mi opinión.

¿Pero qué hay de mí?, ¿Dónde se apoya mi cambio?, ¿En el hueco?, imposible, en el hueco no hay nada. El lunes, por ejemplo, caminaba ya de noche por mi calle y todo se desenvolvía en una aparente normalidad. De repente me di cuenta de algo. Las farolas como de costumbre proyectaban círculos luminosos en la calzada, pero descubrí que al pasar bajo ellas no me alumbraban a mí sino al hueco que llevo dentro. Lo más curioso es que la luz no alumbraba su incierta fisonomía sino que hacía más visible su profundidad.

Ahora el hueco crece. Sin remedio.

Habré de aceptar el cambio como se acepta la miopía o un dolor de muelas. ¿Acaso estaré enfermo?, en absoluto, me digo, aunque me gustaría estarlo. Si estuviera convaleciente de alguna enfermedad viviría satisfecho con el estímulo de una pronta recuperación. Pero mi hueco no es una enfermedad, aunque en cierto sentido se presentó como tal, solapadamente, y ahora es una evidencia, una certeza que se ha hecho firme. En todo caso no estoy enfermo, ni anhelo nada, tampoco cuento con estímulo alguno. Soy Julio, Julio el anarquista. Un hombre cansado. Eso es todo.

La diecinueve, junto al canal. Sólo quedan dos pasajeros y yo, y el murmullo de los grillos sazónando la oscuridad. La noche está completamente limpia, tan limpia que hasta el cielo se muestra immaculado. Hay miles de luces tiritando allí arriba: la bóveda celeste. El invierno ya se va sin ruido, pienso, en esta parte del mundo alumbrada por estrellas muertas. Qué extraña disposición de ánimo, me digo, aunque por fortuna hay

algo familiar en el ambiente: es el silencio, el silencio de siempre a estas horas. Desciende del cielo, tenso y vertical, y luego se retrata junto a las grúas abandonadas. Más allá las sombras del canal, y la vieja pasarela, y la orilla lamida por el manso recorrido del agua. Por allí paseo los domingos con Berta y el niño, y con mi nuevo hueco también desde hace un par de semanas.

Algo va mal, me decía a mí mismo el otro día, mientras la mandíbula de Berta trazaba frente a mis ojos un recorrido breve y contundente, casi maquinal. Los domingos es otra. Se transforma en mascadora de pipas. El resto de la semana duerme, cuida del niño, telefonea cada tarde a su madre.

– ¿De verdad que no notas nada extraño en mí?

– ¿Ya estás otra vez?

– O me contestas o me tiro a la presa.

– ¿Te has oído?, es evidente que no hay nada extraño en ti.

– Pues yo me noto un hueco.

– Será que como siempre no llegamos a fin de mes.

– Será.

– Es.

La veinte, fin de trayecto. Se apea un joven al que no conozco y don Severino, un habitual de la línea que viene a morir aquí todos los días.

Hasta mañana, digo, y de nuevo la frase, su pertinencia, y entonces me quedo solo mirando alrededor.

Junto al apeadero se extiende la noche. Hunde su pesada sombra en la garganta del viejo parque. Miro las copas de los árboles y las ruinas de los antiguos columpios. Los toboganes ya no son nada, parecen arrancados del suelo a dentelladas. Cada vez hay menos niños por aquí, pienso, y menos anarquistas.

Al fondo, junto a las casas molineras, se yerguen los escombros de la vieja estación como dientes esculpidos en la oscuridad de la noche. Algo del muro se mantiene aún en pie, bloques dispersos que exponen a la intemperie su caries ocre, su esqueleto de acero. Ahora las pintadas que adornan el muro son indescifrables. Ya no hay lemas, ni leyendas, sólo firmas de colores vistosos y dibujos que no dicen nada.

Hundo mi mirada en el parque, de nuevo. Todo se desenvuelve como ayer, bajo una aparente normalidad, y sin embargo hay algo desconcertante en el paisaje que estoy mirando. Tal vez suceda que no soy yo el que mira a la calle. Tal vez sea el hueco quien la mira a través de mí

Respiro profundamente y el hueco se llena de aire, crece en mí ahora, se apodera de todo, pero acabo de reaccionar. Ya no me importa que esté ahí. No voy a prestarle más atención. Apago las luces y acciono el botón. Las puertas giran, se repliegan, el muelle languidece al final del recorrido y finalmente cede, como un bostezo. Las puertas se cierran sin remedio.

En el autobús mi hueco y yo, dentro el uno del otro, acechándonos. Yo mirándolo a él y él mirando a la noche que se aprieta contra el cristal como un rostro sereno y acogedor.

Todo está en calma. Dentro y fuera. Me recuesto sobre el asiento y mis manos abandonan el volante. Suspiro una vez más y el hueco vuelve a ensancharse, esta vez alimentado por el humo del cigarro más sabroso del día. Por hoy ya basta, me digo. En quince minutos habré aparcado el autobús y estaré de nuevo en mi casa. Llegaré intacto a pesar de todo.

Soy Julio, me digo. Julio el anarquista, un hombre libre.